

y no porque utilizara un procedimiento especial, una técnica o métodos terapéuticos que pudieran aprender de El sus discípulos. Aquí, pues, no vale el procedimiento que utilizan algunos médicos de titularse discípulo o ayudante de tal o cual eminencia. Los ministros de Jesucristo, como tales, son dignos de todo respeto, pero en el arte de curar no son más que vulgares curanderos que desprestigian sus venerables hábitos y causan un verdadero mal a la religión.

Durante mi actuación en el Colegio hemos tenido que habérnoslas con el célebre Mosén que decía curar la sífilis, el cáncer y la tuberculosis "en 40 días, sin fallar ni un caso"; con otro Mosén que explotaba un medicamento de su invención, *infalible* contra la tuberculosis; con un, también célebre, Abate que, según él, poseía los secretos de los indios, y curaba, mediante plantas exóticas, la mayor parte de las enfermedades conocidas, a juzgar por la enumeración que hacía en sus prospectos de propaganda; con un Presbítero que se dedicaba al naturismo y anunciaba en sus tarjetas que estaba autorizado para ejercer la medicina por la Santa Sede (!); con otro Presbítero, a quien llamaban el "Pare Sant", que se valía, para el tratamiento de sus clientes, de diferentes prendas o partes de las sagradas vestiduras, como la estola, el manipulo o el roquete y de diferentes objetos del culto. Este cura predecía, además, a las embarazadas, el sexo del futuro vástago, aunque dicen que le ocurría como a aquel ciego que pasando la mano por el lomo de un caballo, decía inmediatamente de qué color era.

—¿Y lo acertaba?—preguntó uno.

—Ni una sola vez—le contestaron.

Finalmente, hemos tenido que entablar acción en contra de un lego que usa una pasta cáustica para tratar a los infelices cancerosos o no cancerosos que caen en sus manos.

Compañeros, si esta inundación sacerdotal no encuentra un dique, pronto no nos quedará más remedio que el de hacer de curas y poner en nuestras tarjetas "autorizado para decir misa, por el Ministro de Instrucción Pública".